

GAGETA DEL ÁNGEL

Luna de miel con el sol

GERMÁN DEHESA



Desde el jueves pasado, la Ciudad de México recibió la visita de gala y ceremonia del sol. Esa visita nos hizo

el beneficio de que, junto con él, llegaran todos los colores de esta ciudad que, en ausencia del sol, es de un gris repulsivo como de ciudad europea bajo el régimen soviético.

Pero llegó el sol y en la lluvia de colores que nos trajo venía diluida esa urgente alegría que necesitamos para torear los ramalazos financieros, las mermas en nuestro poder adquisitivo y la inaudita insensibilidad del Gordo y el Flaco (Don Carstens y Don Calderón) quienes, en su mente elemental, han supuesto que es con el alza de impuestos con lo que van a sacar al buey de la barranca (¡sí, Chucha!). Todos andábamos de un ánimo infernal. Llegó el sol y nos devolvió la sonrisa.

Con tan excelente disposición, ni siquiera parpadé cuando mi amiga La Ferrus me convidó ootra vez al teatro. Su Charro Negro todavía no se recuperaba del impacto producido por "El Otro Einstein" de Andrés Roemer y, sin embargo, me dije: creo recordar que el teatro era otra cosa que ese

intragable tamal de capulín que Andresito le receta a su público so pretexto de Einstein que el pobrecito ya está muerto y no tiene ni quién lo defienda. Basado en todo esto y en la acuciosa personalidad de La Ferrus, accedí a asistir nuevamente al teatro.

Scott Fitzgerald alguna vez escribió un texto con el hermoso título "Tender is the night". Lo invoco porque así era la noche del pasado viernes. Llegó La Ferrus escoltada por dos tanques de guerra, me acomodó en su módulo lunar y pusimos la proa rumbo al Centro Cultural Veracruzano (¡ay, nomás, nomás!). La obra se titula "Yo soy mi propia esposa" y se ocupa de la vida cierta y comprobable de Lothar Berfelde, un travesti alemán que ha tenido que sobrevivir a su propia condición de travesti, del mismo modo que resistió al nazismo brutalmente intolerante y al subsecuente comunismo soviético que tampoco estaba muy a bien con seres como Lothar. Cuando la obra inicia ya todo esto ha pasado, nuestro personaje está avejentado y vive con sus fantasmas y los muebles y cachivaches que se han ido quedando con él. En el centro de la escena, vestido como respetable anciana berlina, con la falda que casi toca el suelo, unos toscos zapatones, una cofia y unas

manos curtidas y varoniles que dan al traste con todo este intento de componer un daguerrotipo. Dándole vida y voces y verdad a Lothar, está Héctor Bonilla, nuestro mejor actor de la actualidad, haciéndonos sentir que Lothar es ante todo un sobreviviente, un correosísimo ser humano que se ha aferrado a la vida como ha ido pudiendo; cuando hizo falta matar a su padre, lo ejecutó tranquilamente y así ha incurrido en mentira y en traición, pero ha sobrevivido con todo y sus muebles que son como adjetivos del propio Lothar. Con un dispositivo semejante al de Lázaro de Tormes, Lothar nos hace entender que la moral no alcanzó para ciertos seres cuyo único imperativo era despertar vivos al día siguiente. Es una obra muy hermosa y muy recomendable que Lorena Maza ha dirigido impecablemente. Aikir a ver a Bonilla en su plena y gloriosa madurez actoral; gracias a él, Lothar se ha quedado a vivir conmigo para siempre. Milagros del sol.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCXXXIX (1639)
MONTIEL**

Cualquier correspondencia con esta columna estremecida, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

